El pueblo perdido del indo

Por Ralph M. Lewis, F.R.C.

Este es el decimotercero de una serie de artículos de nuestro Imperator acerca de las observaciones hechas en su último viaje que lo llevó, junto con sus acompañantes, alrededor del mundo, visitando lugares místicos y remotos

Por fin, después de dieciocho horas de viaje, con calor y polvo, recorrimos quinientos kilómetros y nos encontramos en Dokri, que no era otra cosa que un escampadero de madera, un amable empleado de la estación, que era el único, y un pequeño salón de espera. A más de un kilómetro de distancia alcanzábamos a ver las monótonas viviendas de barro de la pequeña aldea de Dokri.

Doce kilómetros más allá estaban las ruinas de Mohenjo-Daro. los restos de la más antigua civilización que ha existido en lo que llamamos la India. Después de cerrar trato, alquilamos una 'tonga" para recorrer el último trecho. La tonga es un carro de dos ruedas, tirado por un caballo: en realidad sólo tiene un asiento. y apretujándose un poco pueden acomodarse tres personas, incluso el cochero.

En la parte posterior del carro, el piso se extiende dejando sitio así para una persona mas, que se sentará con los pies colgando y arrastrándose a veces en el abundante polvo del camino de tierra.

No había más que una sola tonga disponible para el viaje. Nosotros éramos tres y llevábamos un pesado equipo fotográfico y cinematográfico, que incluía acumuladores, motores, etc.

Estábamos vestidos como cuadraba a aquel viaje, con gruesas botas y trajes semejantes a los que habíamos usado en Himalaya. Nuestro equipaje personal era insignificante. Sin embargo, cuando cargamos el equipo en el carro, en su parte posterior, mas una persona que debía sentarse allí, el carro se inclinó tanto por esa parte, que parecía que el caballito iba también a elevarse en el aire. Fue con mucha dificultad como logramos arreglar el peso de manera que quedara distribuido uniformemente sobre las ruedas, en el centro de la tonga.

Durante el viaje, ese peso rodaba hacia atrás o hacia delante, originando un continuo vaivén.

Durante casi dos horas, rodamos entre nubes sofocantes de polvo ardiente, que cubrió nuestros vestidos. Insistimos en que el cochero diera frecuentes descansos al caballo que tan duramente cargado iba. Esta actitud compasiva asombraba y divertía al cochero. A veces, el camino discurría como entre dos muros de polvoriento ramaje de la selva. En ese punto el bosque estaba regado por la inundación del río Indo, y en esa masa de follaje tupido había jabalíes, cocodrilos, reptiles venenosos e insectos.

Aquello parecía como una introducción de lo que nos esperaba más adelante.

En una brusca curva del camino, se nos apareció ante la vista: ¡Mohenjo--Daro! ¡Los restos de una gran ciudad cosmopolita de hace cinco mil años! Poco se sabía de ella hasta que se efectuaron las excavaciones en 1927, bajo la dirección de Sir John Marshall.

Al mirar aquel sitio, blanco a fuerza de arena y polvo, situado a dos mil metros del río que había cambiado su curso al paso de los siglos, resultaba difícil creer que, en una época remota, esta ciudad estaba situada en el "Jardín del Sind." A juzgar por la extensión de esta gran ciudad, ha debido contener una inmensa población.

Por lo tanto, era necesario que en aquel tiempo se produjeran alimentos en abundancia. El río Indo, con una red de canales que ya no existen, ha debido proveer la necesaria irrigación.

Ruinas de Mohenjo-Daro

Las ruinas de Mohenjo-Daro pueden dividirse en dos clases general:es la primera es el área de la "stupa", y la segunda es la que se designa con el nombre de "área DK." La stupa es un montículo situado sobre una colina en el centro de la ciudad; en realidad, es una edificación en forma de torre, erigida en tiempos muy posteriores por los budistas sobre lo que parece haber sido la ciudadela de aquel antiguo pueblo del Indo.

Al pie de la stupa se ha hallado la antigua plataforma de ladrillos, de forma oblonga. Se ha supuesto que allí estaba el palacio o algún importante edificio público de esta ciudad tan bien planeada y bien organizada.

El área DK consiste de las casas, tiendas y calles de la ciudad. Lo más imponente es el Gran Baño, que es un cuadrilátero con restos de barandas en cada lado. Alrededor del cuadrilátero hay galerías que contienen cuartos, tal vez para vestirse o para usos ceremoniales.

Hay también vestigios de muros con ventanas, desde las cuales los hombres de aquella perdida civilización miraban la gran piscina que ocupaba el cuadrilátero y que se encuentra en excelente estado de conservación.

En dos de los lados de la piscina hay gradas, a toda su anchura, que llegan hasta el fondo. ¿Se empleaba esta piscina en ceremonias ritualísticas o simplemente como baño público? Se ha supuesto también que se la empleaba con fines hidropáticos, método desconocido de curación por medio del agua.

Un pueblo inteligente

Al caminar por las calles rectas, bien pavimentadas y excelentemente planeadas de esta ciudad del misterio, nuestra imaginación se avivó. ¡Era emocionante pensar que estas calles eran las mismas que pisaron los pueblas del nido 2.300 años antes de Cristo! Aquella gente era sin duda un

pueblo industrioso y activo. Cuando una casa se deterioraba, se la demolía y se fabricaba otra encima. Caminábamos entre casas de ladrillos que, si se techaran de nuevo, serían muchísimo más habitables o que las viviendas que se ven en muchas aldeas pobres del Asia.

A diferencia de casi todas las antiguas ciudades asiáticas, las casas de Mohenjo-Daro, es decir, las casas de habitación de las familias, estaban tan bien construidas como los edificios que se suponen edificios públicos. El tamaño de las casas variaba mucho, según la fortuna de sus habitantes. El hecho de que en un mismo sido hay hogares suntuosos y hogares modestos sugiere un espíritu democrático.

Las calles siguen un arreglo geométrico que indica que hubo un plan definido y señala un alto grado de civilización. Muy notable es el excelente sistema de desagüe, que es tal vez el mejor que conocemos del mundo antiguo. Cada casa tiene su sistema de cañerías de ladrillo, que llega hasta la calle, y allí seguía un vasto sistema de cloacas que llevaba toda suciedad fuera de la ciudad.

En algunas casas se ven muy altos pozos circulares de ladrillo, que a primera vista asombran al observador. ¿Por qué los construyeron mucho más altos que las casas? ¿No resultaba incómodo trepar hasta su cima para extraer desde allí el agua que estaba a ocho o nueve metros de profundidad? La razón es que cada vez que un edificio era demolido durante los mil años en que esta civilización existió, el nivel del suelo se elevaba con los restos de la casa; esto hacia necesario aumentar la altura del pozo para que se conservara por encima de la superficie.

Ahora que aquellos despojos han sido retirados, se ve la altura total de los pozos, que se alzan por encima de los muros que subsisten. Después de 5.000 años, el agua de esos pozos sigue siendo *limpia* y *clara,* substanciosa y refrescante, alimentados como están por fuentes profundas. Los pocos indígenas que se acercan a las ruinas, que en muchos despiertan temor por la superstición, beben de esa agua sin que les haga el menor daño.

Este antiguo pueblo del Indo dejó rastros de su manera de vivir. Se han hallado muestras de
cebada, aunque no se sabe cómo cultivaban sus campos. Las piedras circulares de molino eran desconocidas, por lo que sin duda emplearían medios más primitivos. Su alimento consistía de carne de res, camero, cochino y aves. En las casas se han hallado restos de huesos y conchas, lo que indica que también comían tortugas, pescado del río y pescado seco del océano. Sin duda tenían también legumbres, frutas y leche.

Cómo se vestían

Las pequeñas estatuas y figuritas, que se han hallado en abundancia, nos dicen cómo se vestían. Dos pequeñas estatuas representan un hombre con un largo manto que le cubre el hombro izquierdo, dejando libre el brazo derecho; no se sabe si debajo usaban taparrabos o una túnica. Hay estatuas de hombres completamente desnudos, excepto por un tocado en la cabeza; hay también estatuas desnudas de mujeres, y se cree que estos desnudos

eran exvotos o imágenes de diosas; sin embargo, la religión de aquel pueblo está bien oculta por el velo del tiempo.

La joyería era extensa y variada; tenían collares, amuletos, anillos para hombres y mujeres, ajorcas, brazaletes y anillos para la nariz; todos estos eran de oro, plata o marfil, con piedras semipreciosas. Las joyas más baratas eran de conchas, hueso o terracota. Había tiendas de juguetes y se han hallado muñecas, junto con lo que parece que fueran botes y carros. Hay numerosas muestras de animales domésticos entre esos juguetes; sin embargo, no hay indicio de que conocieran el vidrio.

Este sido, una de las más ricas fuentes arqueológicas del mundo, apenas se ha excavado muy por encima. De algunas muestras de arena que tomamos junto a las paredes de una casa, obtuvimos varios artefactos: trozos de cerámica, ajorcas, anillos de terracota y cuentas de collares. En el verano es muy peligroso revolver de ese modo la tierra, porque aquellos lugares están llenos de cobras.

Nos sentamos a descansar a la sombra de uno de los viejos edificios. Junto con nuestros ayudantes, habíamos escalado algunos edificios, llevando nuestro equipo para fotografiar y filmar mejor la ciudad perdida. A los ojos de nuestra mente, aparecían aquellas gentes moviéndose en multitud por las calles; algunas de aquellas personas llevaban jarros de cerámica llenos de agua que habían tomado en los pozos; otras llevaban pescado, harina y legumbres, comprados en el mercado; otros, más desentendidos, canturreaban mientras se dirigían al Gran Baño para gozar del agua fresca después de otro día caluroso.

¿De dónde venían?

¿De dónde venía aquel pueblo? ¿Por qué establecieron una gran civilización en medio de un pueblo rudo y primitivo? ¿Qué fue lo que produjo el súbito desmoronamiento a e esa cultura? Sólo se han ofrecido teorías, algunas de las cuales tienen base razonable. Históricamente, nada se sabe acerca de los orígenes de ese pueblo; se cree que procedían de Mesopotamia, tal vez del antiguo país de Sumer.

Precedieron por mucho tiempo a los arios, que a su vez precedieron a los actuales hindúes. Una de las explicaciones que se dan es que se trata de comunidades migratorias que se establecieron en el sur de Beluchistán y que finalmente marcharon hacia el Sur hasta establecerse aquí. Sin embargo, ha podido tratarse de una rama de súmeros que, por una u otra razón, navegaron hasta desembocar en el Golfo Pérsico y siguieron luego la costa del Mar de Arabia. Si vemos en un mapa la situación de Sumer, el primer río que hallaríamos, después de abandonar el Golfo Pérsico y viajar hacia el Sur por el Mar de Arabia, sería el Indo; si remontamos el Indo, llegaremos al sitio de Mohenjo-Daro. Pero ¿por qué se establecieron allí?

La única dificultad para aceptar esta última teoría acerca de los orígenes de estas gentes del Indo es que la escritura cuneiforme de los súmeros se ha descifrado, mientras que la escritura que dejó el pueblo de Mohenjo-Daro no a podido leerse. Sin embargo, algunos de los sellos encontrados tienen

grabadas la imagen de un héroe o dios luchando contra un león, y esto tiene gran semejanza con el héroe y rey babilonio Gilgamesh, acerca del cual se han hallado escritos cuneiformes en los ladrillos de la biblioteca de Assurbanipal.

Otro factor misterioso es que, aunque la ciudad es tan antigua, hasta donde ha sido posible determinar a los arqueólogos, unos 5.000 años, parece que no hubiera tenido una cultura progresiva. El arte, según se aprecia en las joyas, y hasta la arquitectura, es del mismo tipo desde el período más antiguo de Mohenjo-Daro hasta la época de su desaparición, o sea un período de unos 1.000 años.

Estos pobladores del Indo no eran un pueblo primitivo que fue desarrollando lentamente su cultura, como sucede con otras civilizaciones; estos comenzaron en *un plano muy superior.*

Por alguna razón desconocida, esta cultura parece como cristalizada, y no logró superarse; el genio demostrado por aquella gente en fecha tan remota ha debido tener impulso para ir más allá de sus primeros pasos. Además, si después de haberse establecido en aquel lugar su civilización hubiera declinado gradualmente, por degeneración, esto se reflejaría en la arquitectura y el arte de los últimos tiempos; en realidad, los artefactos del último período tienen toda la excelencia de los más antiguos.

Ese pueblo, por su situación, estaba aislado de las grandes civilizaciones de Mesopotamia y Persia, y ésta puede ser la causa de que no copiaran la cultura de esos lugares. ¿Pero qué fue lo que detuvo a la vez que conservó los poderes de su inteligencia e imaginación?

Si este pueblo del nido hubiera sido conquistado por invasores de la India, como los arios, por ejemplo, la ciudad mostraría las huellas del saqueo de las tropas, como se ve en muchos templos del antiguo Egipto. El excelente estado de conservación de la ciudad sugiere más bien un éxodo de los pobladores, un abandono de la ciudad. Pero ¿por qué? ¿Y adónde fueron esos millares de personas?

Mientras descansábamos en la casita que nos suministró el guardián de las ruinas, a centenares de millas de la más cercana ciudad moderna, comprendimos que habíamos pasado por otro capítulo perdido del libro de los sucesos humanos.